

andanzas

territorios y culturas



FOTOANDANZAS

La
Alhambra
el silencio de las sombras

Por Emilio Castro





La
Alhambra
el silencio
de las sombras

EMILIO CASTRO, Texto y Fotos





El Patio de los Leones, parece imposible que se sostenga en pie. Apenas unas escuálidas columnas de mármol, acabadas en arcos de yeso magistrales, como si fueran obra de la naturaleza.





Llena de exotismo africano y asiático, la alberca del Partal deja entrever también las luces del barrio del Albaicín. Ambos, La Alhambra y El Albaicín son hijos de una misma época, perdida en el tiempo.



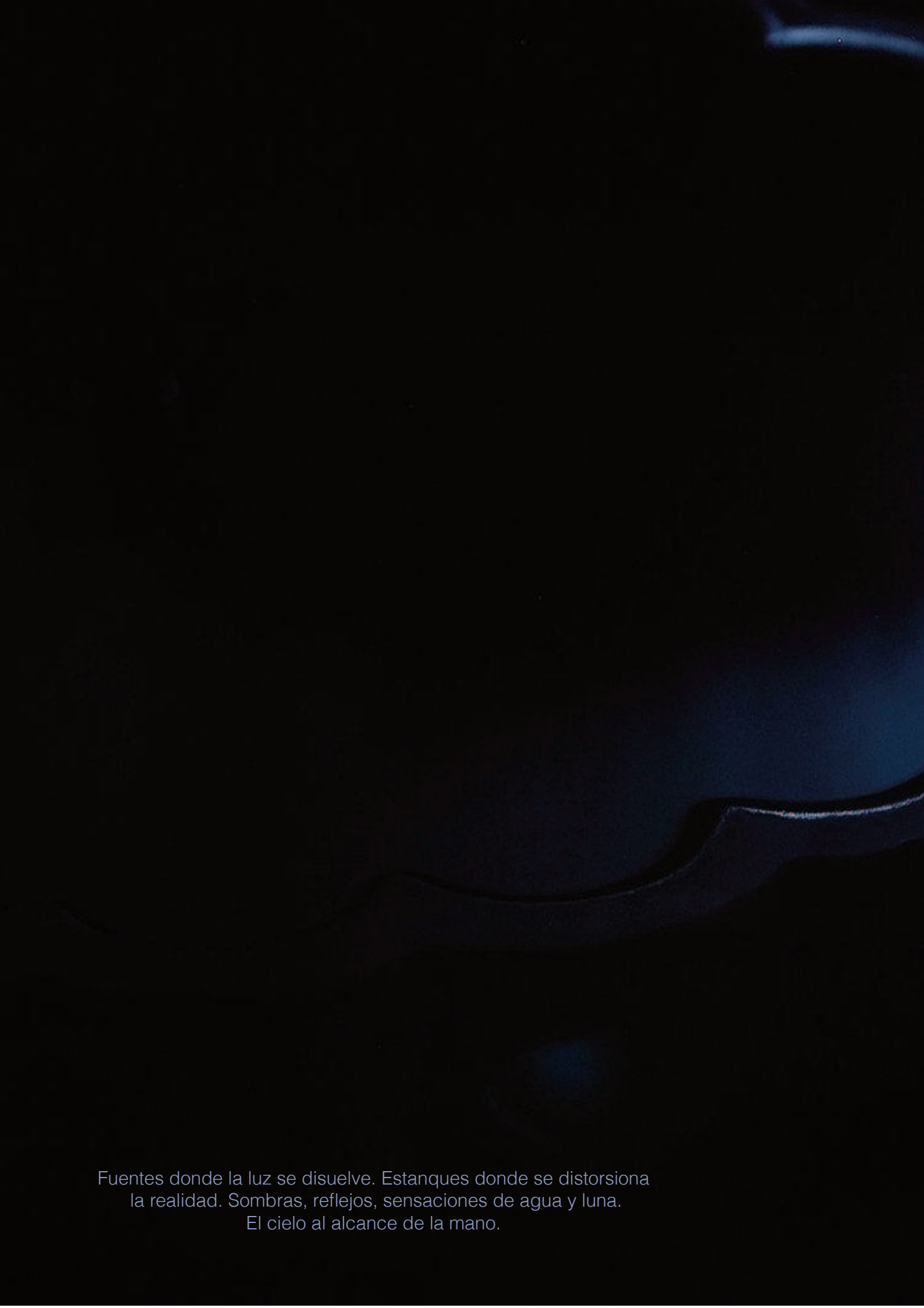


Solo Alá es vencedor. Esta frase se repite sin descanso en todas las decoraciones. Es el sello de la dinastía Nazarí, reyes y señores de Granada.





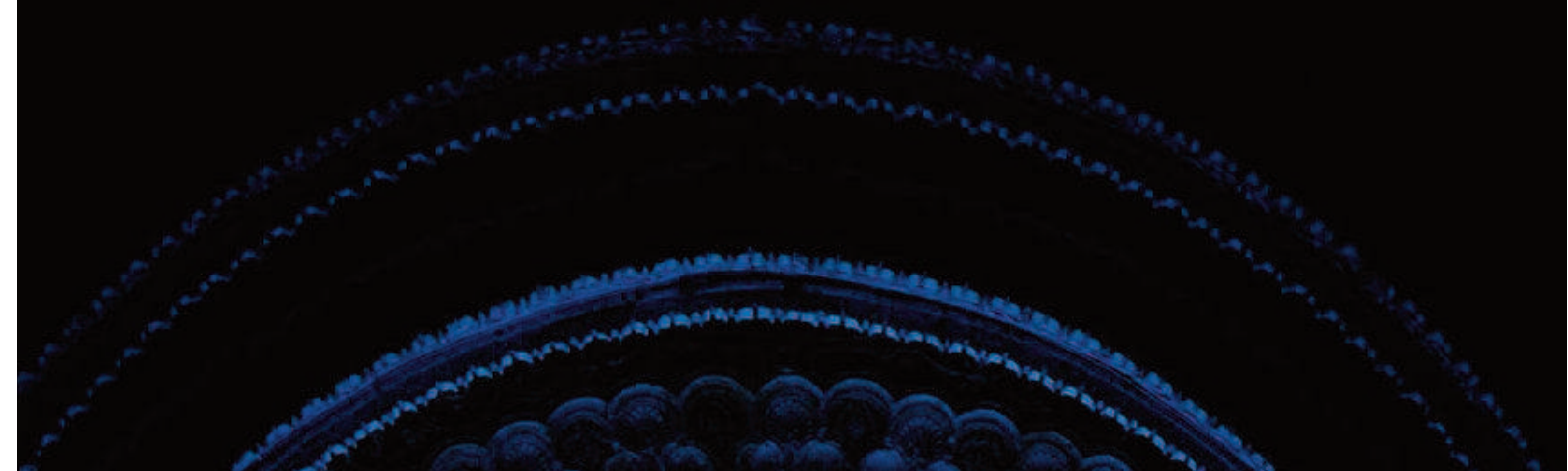
El reflejo, el espejismo.
Ni una sola gota de agua puede romper la mágica visión de la Torre
de Comares metida dentro de la alberca del patio de los Arrayanes.
La pileta que abastece del líquido, tiene una forma singular.
Nada puede romper el encanto.



Fuentes donde la luz se disuelve. Estanques donde se distorsiona
la realidad. Sombras, reflejos, sensaciones de agua y luna.
El cielo al alcance de la mano.









Muy cerca de La Alhambra se encuentra la residencia de verano de los reyes Nazaríes. El Generalife de un blanco impoluto, aún brilla más en una noche estrellada.









La imponente fortaleza no fue erigida para perdurar y sin embargo, las primeras referencias que se conocen son del año 889, en plena época califal andalusí. El color rojo se debe a los materiales utilizados en su construcción. Originalmente era blanca.



La Alhambra, ciudadela amurallada erigida en el cerro de la Sabika, es la expresión decadente, de la otrora gloriosa cultura andalusí de siglos anteriores. Fue posiblemente la civilización más avanzada de Europa en su tiempo. La fragilidad evanescente de su construcción, se debe a la idea de provisionalidad que tenían los granadinos de su supervivencia en la tierra en la que habían vivido sus antepasados desde el año 711.

Sobre la “colina roja” «qa'lat al-Hamra'» y por orden de sucesivos reyes de la dinastía Nazarí -entre otros Yusuf I y Mohamed V-, los musulmanes españoles representaron una recreación del paraíso prometido. Son edificios levantados, para mayor gloria de Alá, pero que desafían las leyes del Islam, al esculpir figuras de animales y construir una obra en honor al hombre.

La delicadeza de volúmenes y líneas es paradójicamente un canto a lo terrenal. Su fascinación por el agua, los jardines y los espacios es un premio para los sentidos.

Para disfrutar de este mundo hay que dejarse llevar por los sonidos, las luces y los aromas. La serenidad, es aún más patente, si cabe, cuando se pone el sol. La noche permite entonces, con su silencio, disfrutar de una luz diferente. Uno aquí se siente mortal, sí, pero afortunado de tener vista, oído, olfato y otros muchos sentidos hasta ahora desconocidos.

La Luna, vieja amiga, se refleja casi en todo lo que toca. Se derrama sobre los estanques, como si se deshiciera, dando un brillo plateado, no solo a los edificios sino a nosotros mismos; nos hace tener nuevas sensaciones de paz, de armonía. No necesitamos ir al paraíso, está aquí mismo.



La fuente de los Leones, una rareza figurativa dentro de la cultura musulmana.